

XIII.—LAS BOMBAS VIVIENTES

A LA ventura, pues sólo la casualidad parecía conducir sus pasos, volvió a la quinta, donde reinaba gran desorden. Habíase doblado la guardia; los amigos del General, llamados por Trebassof mismo, habían corrido al lado de los dos emponzoñados, y llenaban la casa con su ruidosa adhesión y sus protestas de afecto. Sin embargo, un doctorcillo del barrio popular de Vassili Ostrow, requerido por la policía, había acabado por tranquilizar a todo el mundo. La policía no había encontrado en su casa a los médicos del General; pero anunció la próxima llegada de dos celebridades a quienes fueron a buscar. Entretanto había remolcado a aquel doctorcillo, que era alegre y charlatán como una urraca, y que tuvo mucho que hacer con Matrena Petrovna, la cual había estado tan mala, que su esposo, Feodoro Feodorovitch, todavía temblaba, "por primera vez en su vida"—decía el excelente Iván Petrovitch.

El repórter se asombró de no ver a Natacha en el cuarto de Matrena, ni tampoco en el de Feodoro. Preguntó a Matrena dónde estaba su hijastra, y la dama le miró con terror. Cuando estuvieron solos le dijo:

—No sé, no sabemos dónde está. Casi inmediatamente después de vuestra partida desapareció, y aún no ha vuelto. El General ha preguntado muchas veces por ella, y

me he visto obligada a responderle que Kuprian se la había llevado consigo para tener detalles minuciosos sobre lo que acababa de ocurrir.

—No está con Kuprian—dijo Rouletabille.

—¿Dónde estará? Esta desaparición es más que extraña en el momento en que agonizamos, cuando su padre... ¡Oh Dios! ¡Dejadme, hijo mío! ¡Me ahogo! ¡Me ahogo!

Rouletabille llamó al doctorzuelo, y salió de la habitación. Había ido con la idea de reconocer la casa pieza por pieza, ladrillo por ladrillo, para darse cuenta de la posibilidad de penetrar en ella por algún sitio que al primer examen no hubiera descubierto, sitio por el cual se hubiera deslizado el que armado de veneno seguía paseándose por la quinta. Pero he aquí que surgía un nuevo hecho cuya importancia era superior a todo lo demás: la desaparición de Natacha. ¡Ah; cómo maldecía su ignorancia de la lengua rusa. ¡Y ninguno de los hombres de Kuprian que estaban allí sabía el francés! Por fin pudo sacar algo de Ermolai. El intendente había visto un momento a Natacha fuera de la verja, mirando al camino a derecha e izquierda; luego le llamaron al lado del General, y no sabía más. Esto es todo lo que el repórter pudo comprender, más bien por los gestos que por las palabras de Ermolai.

También era otra desgracia que el crepúsculo se había hecho más sombrío, lo cual hacía imposible que descubriese las leves huellas de la joven. ¿Es verdad que había huído en tal momento, inmediatamente después del intento de asesinato, aun antes de saber si su padre y su madrastra estaban completamente fuera de peligro? Si Natacha era inocente, como todavía se obstinaba en creerlo Rouletabille, aquella actitud se hacía prodigiosamente incomprensible, porque la joven no podía ignorar que con aquel su-

ceso las sospechas de Kuprian se fortificarían singularmente. El repórter tenía el mayor interés en verla sin dilación; el *mayor interés por todos*, en el momento en que los nihilistas precipitaban los golpes; el mayor interés por ella, y *por él, igualmente amenazado de muerte*, en entenderse con la joven para renovarle la propuesta que le había hecho minutos antes de la aparición del veneno, y de la cual ella no había querido oír hablar, por piedad por él o por desconfianza. ¿Dónde estaba Natacha? Creyó que habría podido intentar ver a Annouchka, y tenía razones para ello, ya fuera inocente, ya culpable. Pero ¿dónde estaba Annouchka? ¿Quién hubiera podido decírselo? ¿Acaso Gounsovski? Rouletabille se metió en un *isvo* que regresaba vacío de la Punta, y dió las señas de la casa particular de Gounsovski. Entonces recordó que aquel mismo día había sido invitado a almorzar con él. Ya no debían de esperarle... Pero se engañaba; le esperaban, si bien, como había pasado tanto tiempo, ya habían comido.

M. y Mme. Gounsovski jugaban una partida de damas a la luz del quinqué. Al entrar en el salón, Rouletabille reconoció el cráneo luciente y pringoso del terrible hombre. Gounsovski salió a su encuentro obsequioso y reverente, tendiendo hacia él sus grasas manos. Le presentó a Mme. Gounsovski, que estaba cubierta de joyas y lucía un vestido de seda negra sin descotar. Tenía la tez quebrada, y ojos magníficos. También desbordaba grasa.

—Os esperábamos, caballero—dijo la dama, haciendo dengues con el encanto de una señora ya madura que se hace la niña.

Y como el joven protestara y se excusase, añadió:

—¡Ah! ¡Ya sabemos que estáis muy ocupado, Sr. Rouletabille! Mi marido no me habla más que de vos. Pero

también sabíamos que acabaríais por venir. ¡Siempre se concluye por aceptar una invitación de mi marido!—dijo con su aire de importancia y su amable sonrisa.

Al oír la última frase, Rouletabille sintió un escalofrío. Verdaderamente, tuvo miedo de hallarse ante aquellos dos rostros atrozmente vulgares, en el fondo de aquel saloncillo burgués.

La dama añadió:

—Pero debéis de haber comido muy mal allá a causa del *enojoso incidente* que ha ocurrido en casa del general Trebassof. Venid al comedor. ¡Pajaost!

—¡Ah! ¿Os han dicho?...—interrogó [Rouletabille.—
¡No, no! ¡Gracias; no tengo apetito! ¿Sabéis lo que ha pasado?

—*Si hubieseis venido a almorzar, tal vez no hubiera sucedido nada*—dijo tranquilamente Gounsovski, volviendo a sentarse sobre sus abultadas malgas, y mirando la partida de damas a través de sus quevedos. Luego añadió:—
En fin, felicitemos a Kuprian por haber salido del paso sólo con un poco de miedo.

Gounsovski no pensaba más que en Kuprian. La vida o la muerte de Trebassof no le preocupaban. Sólo los hechos y los gestos del prefecto de policía tenían el don de interesarle. Ordenó a una doncella que andaba por la estancia sin hacer más ruido que una sombra que acercase a la mesa de juego un velador cargado de *zakouskis* y de botellas de champagne, y avanzó un peón, diciendo:

—¿Permitís? Voy por el desquite, y no quiero perder.

Rouletabille se atrevió a poner una mano sobre aquella muñeca oleosa y peluda, que salía de una manga de dudosa limpieza.

—¿Qué me decís? ¿Cómo hubierais podido prever?...

—Había que preverlo todo—replicó Gounsovski, ofreciendo cigarros—desde el momento que *Mataiew* fué reemplazado por *Priemkof*.

—¿Y qué?—preguntó Rouletabille con inquietud, recordando la escena de los latigazos en la capilla de los *gendarmes*.

—¡Ah! Aquí para entre nosotros (y se inclinó al oído del repórter), ese *Priemkof* no es más útil para la policía de Kuprian que el mismo *Mataiew*. Es también muy peligroso. Cuando supe que sustituía a *Mataiew* en la quinta de las Islas, pensé que ocurrirían desgracias. Pero eso no me incumbe. ¿Verdad? Kuprian hubiera podido decirme: “¡Ocupaos en lo que os concierne!” ¿No es eso? Ya era demasiado que le hubiese prevenido de las *bombas vivientes*. Me han sido *anunciadas* por el mismo indicador que nos hizo apresar las dos bombas vivientes (mujeres, si queréis) que fueron entregadas al tribunal de Cronstad después de la rebelión de la Marina. Recordádselo, que de seguro eso le hará reflexionar. Yo soy una buena persona: sé que habla mal de mí; pero no por eso le quiero mal. ¡Ante todo, el interés del Imperio! No hablaría con vos de todo esto si no supiera que el Czar os honra con su favor. Por eso os invité a almorzar. *Comiendo, se habla*. Pero no habéis venido; y mientras comíais allá abajo y *Priemkof* vigilaba la quinta, ha ocurrido ese desagradable “incidente” de que hablaba *Mme. Gounsovski*.

Rouletabille, que no había querido sentarse a pesar de las instancias de *Mme. Gounsovski*, arrancó brutalmente de las manos del jefe de la *Okrana* la caja de cigarros que seguía ofreciéndole, detalle de hospitalidad que en aquel instante le horripilaba más que todo, porque lo que le decía aumentaba las tinieblas en que se extraviaba hacía horas. Sólo comprendió una cosa: que un sujeto llama-

do Priemkof, de quien nunca había oído hablar, tan resuelto como Mataiew a la muerte del General, gozaba de la confianza de Kuprian para guardar la quinta de las Islas, y que era preciso prevenir a Kuprian en el acto.

—¿Cómo no lo habéis hecho ya, Sr. Gounsovski? ¿Por qué esperabais a hablarme a mí de eso? ¡Es incomprendible!

—¡Permitidme, permitidme!—decía el otro, sonriendo plácidamente detrás de sus lentes.—¡No es lo mismo!

—¡No, no! ¡No es lo mismo!—agregó la dama del traje de seda negra, las brillantes alhajas y la barbilla flácida.—Nosotros hablamos cenando a un amigo, a un amigo que no es de la policía. *No denunciaremos a nadie.*

—Tengo que deciros... ¡Pero sentaos!—insistió de nuevo Gounsovski, encendiendo su cigarro.—¡Sed razonable! Acaban de envenenarle, y necesitan tomarse tiempo para respirar antes de intentar otra cosa. Además, ese veneno me hace pensar que tal vez hayan renunciado a las bombas vivientes. Por otra parte, lo que está escrito, está escrito. ¿No es así?

—¡Sí, sí!—dijo la gruesa dama.—La policía no ha impedido nunca lo que tenía que ocurrir. Pero hablemos de ese Priemkof, aquí entre nosotros.

—Sí. Tengo que deciros—añadió Gounsovski sonriendo blandamente—que es mejor no decir a Kuprian que sabéis eso por mi conducto, porque entonces—comprendedme bien—no os creería, o, mejor dicho, *no me creería a mí.* He ahí por qué tomamos precauciones cuando cenando, fumando un cigarro, hablamos de unas cosas y de otras, y vos hacéis de nuestras palabras el uso que más os plazca. *Para que conserven todo su valor—os lo repito—es necesario, de todo punto necesario, que calléis su*

origen. (Al decir esto Gounsovski quemaba a Rouletabille con su mirada a través de los lentes, y era la primera vez que el repórter había visto aquella mirada. Nunca la hubiera sospechado.) Priemkof—continuó en voz baja Gounsovski, tosiendo y escupiendo en su pañuelo a cuadros de color—ha estado *empleado conmigo*, y nos hemos separado poco amigablemente, preciso es decirlo, por culpa suya. Entonces obtuvo la confianza de Kuprian diciendo pestes de nosotros, mi querido señor.

—¡Oh! ¡Todo lo que ha podido decir son chismes y cuentos de comadres, mi querido señor!—repitió la obesa dama, cuyos furiosos y magníficos ojos negros giraban en las órbitas.—Chismes de que la Corte, ciertamente, ha hecho justicia. Mme. Daquin, la mujer del primer cocinero de S. M., que por cierto os conoce, y el sobrino de la segunda dama de honor de la Emperatriz, que está muy a buenas con su tía, nos lo han contado. Enredos de comadres que hubieran podido perjudicarnos, y que no han producido ningún efecto en el ánimo de S. M., por quien—¡vive Cristo!—daríamos la vida. Pues bien; ya comprenderéis que si ahora dijeseis a Kuprian: “Gounsovski me ha hablado mal de Priemkof”, no quería oír una palabra más. *Pero Priemkof interviene en el asunto de las bombas vivientes. Eso es todo lo que puedo deciros.* Por lo menos, intervenía cuando no había ocurrido eso del veneno; que, aquí para entre nosotros, es una cosa bien chocante. *Eso no tiene aspecto de venir de fuera*, mientras que el asunto de las “bombas vivientes” *debe o debía venir de fuera*, como ya he tenido el gusto de deciros. ¡Y Priemkof anda en eso! ¡Sí, sí—añadió todavía Mme. Gounsovski.—Está obligado a ello. También de él se han dicho chismes de porteras. Todo el mundo puede referir lo mismo que él esa clase de chismes, y no es cosa

difícil. Se ve, pues, obligado a dar prendas, y a marchar con toda la patulea de Annouchka.

—Kuprian, ese querido Kuprian—interrumpió Gounsovski, ligeramente turbado oyendo pronunciar a su mujer el nombre de Annouchka,—debiera comprender que esta vez Priemkof necesita que el asunto salga bien, o *Priemkof será "quemado"* definitivamente.

—Y Priemkof bien se hace cargo de ello—replicó la dama, llenando los vasos;—pero Kuprian no lo sabe. Es todo lo que podemos deciros. ¿No es bastante? Todo lo demás son chismes y enredos.

¡Sí, sí; para Rouletabille era bastante! ¡Aquellas habladurías de comadres y de bombas vivientes! ¡Aquellas chinchorrerías y murmuraciones susurradas en aquella morada de pequeños burgueses provincianos! ¡Aquellas combinaciones político-policíacas, de las cuales sólo aparecía el lado grotesco, mientras que el lado terrible, la Siberia, la prisión, el calabozo, la horca, la desaparición, la deportación, la muerte y el martirio, quedaba tan celosamente oculto, *que nunca se hablaba de ello!* Todo esto era el colmo del horror entre un buen cigarro y "¡un vasito de anisete, caballero, ya que no queréis champagne!" Le fue preciso beber antes de partir, "trincar a la salud", prometer volver otra vez, cuando quisiera, que la casa siempre estaba abierta para él. Rouletabille pudo darse cuenta de que estaba abierta para todo el mundo, para todos los que tenían que hacer una delación, enviar a alguien a presidio, a la muerte o al destierro y el olvido. No había ni un gendarme en el vestíbulo para contener a los visitantes. En casa de Gounsovski se entraba como en casa de un amigo, y era indudable que siempre estaba dispuesto a prestar algún servicio.

Acompañó al repórter hasta la escalera. Rouletabille iba

a arriesgarse a hablar de Annouchka (para llegar a Natacha), cuando el otro le dijo súbitamente con su singular sonrisa:

—¡A propósito! ¿Seguís creyendo en Natacha Trebassof?

—*Creeré en ella hasta la muerte*—respondió Rouletabille;—pero confieso que en este momento no sé dónde se encuentra.

—¡Vigilad la bahía de Lachka, y venid a decirme mañana si todavía creéis en ella!—replicó Gounsovski confidencialmente, hablándole al oído, con una horrible risita que hizo saltar al repórter por la escalera.

A la sazón se trataba de Priemkof. ¡Priemkof después de Mataiew! Al joven le parecía que tenía que combatir, no sólo con todos los revolucionarios, sino con toda la policía rusa, con Gounsovski mismo, con Kuprian, con todos. Pero con toda urgencia era preciso pensar en Priemkof, en aquellas "bombas vivientes". ¡Qué aventura tan extraña, tan temible y tan confusa la del nihilismo y la policía rusa! Kuprian y Gounsovski empleaban a un hombre que sabían que era revolucionario y amigo de los revolucionarios. Por su parte, el nihilismo consideraba como uno de los suyos a aquel hombre de la policía. Sucesivamente, para mantenerse en equilibrio el hombre tenía que inclinarse a la policía o a la revolución, y de una y otra parte, ocurriera lo que ocurriese, siempre se estaba dispuesto a declararse satisfecho, porque le era preciso *dar prendas*. Sólo los imbéciles, como Gapone, se dejaban prender, o concluían por ser ejecutados, como Azef, a fuerza de cometer torpezas. Pero un Priemkof jugando a las dos policías, tenía probabilidades de vivir mucho tiempo, y un Gounovski moriría tranquilamente en su lecho.

Entretanto corazones jóvenes y sinceros, forrados de

dinamita, son impulsados misteriosamente en la noche atroz del misterio ruso; no saben adónde van, ni les importa, porque sólo quieren estallar de odio y de amor: bombas vivientes (1).



En la esquina de *Aptiekarski-pereoulok* Rouletabille tropezó con Kuprian, que salía de casa del padre Alejo, y que, habiendo visto al repórter, hizo parar su coche, gritando que inmediatamente volvía a la quinta de las Islas.

—Y bien; ¿habéis visto al padre Alejo?

—Sí—respondió Kuprian.—Esta vez os *habréis convenido*. Todo lo que os decía, todo lo que yo había previsto, *ha sucedido*. Pero ¿tenéis noticias de los enfermos? ¡A propósito! ¡Una cosa bastante curiosa! Ahora mismo he encontrado a Kister en Newsky.

—¿Al médico?

—Sí; uno de los médicos de Trebassof que envié a buscar a uno de mis inspectores con encargo de llevarle a la quinta, así como a su habitual compañero Litchkof. Pues bien; ni Lichkof ni él habían recibido ningún aviso. No sabían lo que ha sucedido en la quinta; no han visto al inspector: supongo que éste había encontrado al paso a otro doctor y que, en vista de la urgencia del caso, le haya llevado a casa del General.

—Eso es lo que ha ocurrido—respondió Rouletabille, que repentinamente se puso muy pálido.—Sin embargo, es muy extraño que no hayan prevenido a esos señores, porque en la quinta han dicho que, no hallándose en casa los docto-

(1) Proceso de la sublevación de las tripulaciones en Cronstad. Arresto de dos mujeres jóvenes cuyos pechos eran bombas.

res ordinarios del General, la policía había avisado a otros dos, que en seguida iban a presentarse.

Kuprian se sobresaltó.

—¡Pero si Kister y Lichkof no han salido de su casa!—dijo.—Kister, que acababa de ver a su compañero, me lo ha asegurado. ¿Qué significa esto?

—¿Podéis decirme—preguntó Rouletabille, *que sentía venir el rayo*—cómo se llama el inspector a quien encargasteis esa comisión?

—Priemkof; es un hombre en quien puedo tener absoluta confianza.



¡Ah! ¡Allá va volando hacia las Islas el coche de Kuprian! Ha caído la noche. Solos en el desierto camino, los caballos parecen dirigirse a las estrellas. El coche no les pesa. El cochero va inclinado sobre ellos, con los brazos extendidos como para lanzarlos al vacío. ¡Ah! ¡La hermosa noche de paz que duerme a orillas del Neva es turbada por aquellos caballos prodigiosos lanzados al galope!

—¡Priemkof! ¡Priemkof! ¡Un hombre de Gounsovski! ¡Debiera haber desconfiado!—exclamado Kuprian después de oír las explicaciones de Rouletabille.—Y ahora, ¿llegaremos a tiempo?

Iban de pie en el coche, excitando al conductor, excitando a los caballos. “¡Scari! ¡Scari! ¡Más aprisa, *dourak!*” ¿Llegarían antes que las “bombas vivientes”? ¿Las oírían estallar antes de haber llegado? ¡Ah! ¡He ahí Elaguine!

Saltaron de orilla a orilla, como si no hubiera puentes, para sostener su insensata carrera. Con el oído aguzado para percibir la explosión, la terrible abominación que iba a estallar de un momento a otro, y que sigilosamente se

preparaba en el fondo de la hipócrita y dulce noche bajo la fría mirada de las estrellas. De pronto ¡Stoi! ¡Stoi! (¡Pára!), ordenó Rouletabille al cochero.

—¿Estáis loco?—exclamó Kuprian.

—Locos estaremos si llegamos como locos, porque seremos nosotros los que determinemos la catástrofe; mientras que si hay una probabilidad, una sola, y no queremos perderla, debemos llegar suave y tranquilamente, como amigos que saben que el General está fuera de peligro.

—Nuestra única esperanza es llegar antes que los *médicos*. El asunto no debía de estar completamente preparado, pues de otro modo, *ya hubieran concluido*. A Priemkof le habrá cogido desprevenido la historia del veneno, y habrá aprovechado la ocasión. Pero, por fortuna, no ha encontrado inmediatamente a *sus médicos*.

—He ahí la quinta. ¡En nombre del Cielo, ordenad a vuestro cochero que detenga aquí a sus caballos! Si los médicos han venido, seremos nosotros quien mataremos al General.

—Tenéis razón.

Kuprian moderó su fiebre, la del conductor y la de los animales, y el vehículo se detuvo sin ruido no lejos de la casa. Ermolai salió a su encuentro.

—¿Y Priemkof?—preguntó Kuprian temblando.

—Ha partido, Excelencia.

—¿Cómo partido?

—Sí; pero ha enviado a los médicos.

Kuprian oprimió convulsivamente las muñecas de Rouletabille. *¡Los médicos estaban allí!*

—Pero la Generala está mejor—continuó Ermolai, que no comprendía aquella emoción.—El General va a recibirlos, y él mismo los llevará al cuarto de la barinia.

—¿Dónde están?

—Esperan en el salón.

—¡Oh Excelencia! ¡Sangre fría! ¡Sangre fría, y no todo se habrá perdido!—suplicó el repórter.

Rouletabille y Kuprian se deslizaron hábilmente en el jardín. Ermolai los seguía.

—¿Están allí?—preguntó Kuprian.

—Allí están—respondió Ermolai.

Desde el sitio donde se hallaban podían ver a *los médicos* a través de la galería.

Los *doctores* estaban sentados en sillones, uno al lado del otro, en un punto del salón desde donde podían ver todas las habitaciones interiores y una parte del jardín frente a ellos, y todo podían oírlo. Por encima de su cabeza se había abierto en el primer piso una ventana, cuyo ruido percibieron. No podían sorprenderlos por ninguna parte, y ellos divisaban todas las puertas. Hablaban suavemente, con absoluta tranquilidad y mirando de frente. Parecían jóvenes. Uno de ellos tenía rostro apacible, pálido y sonriente, con largos cabellos dorados. El otro tenía la cara angulosa y severa, la fisonomía grave, nariz aguileña y quevedos. Ambos vestían largo redingot negro cerrado sobre el pecho.

Seguidos de Ermolai, Kuprian y el repórter habían avanzado con grandes precauciones andando sobre el musgo. Ocultos por la escalera de madera que conducía a la galería y por la rampa florida, estaban bastante cerca de ellos para oír su conversación. Kuprian aguzó el oído, ávido de sorprender las palabras de aquellos dos jóvenes, que hubieran podido vivir tantos años, y que iban a morir de una muerte tan horrible, destrozándolo todo en torno suyo. *Hablaban del tiempo que hacía*, de la serenidad de la noche y de la belleza del crepúsculo; hablaban de la poética sombra de los árboles, de los golfos que irradiaban rayos

de dorada luz, de la frescura de las olas y de la dulce primavera del Norte. He ahí de lo que hablaban. Kuprian murmuró:

—¡Asesinos!

Sin embargo, era preciso tomar una resolución, y eso era lo más terrible. Un movimiento mal hecho, una torpeza cualquiera, prevendría a los criminales, y todos volarían. Debían de llevar las bombas debajo de los redingotes: sin duda eran dos "bombas vivientes". Al respirar, su pecho levantaba la muerte, y *sus corazones latían bajo la explosión.*

Arriba se oía un rápido ir y venir, pasos sobre el entarimado y ruido de voces: algunas sombras pasaban detrás de las ventanas iluminadas. Rápidamente Kuprian interrogó a Ermolai, el cual le dijo que los amigos del General estaban allí todavía. En cuanto a los dos *médicos*, no hacía dos minutos que habían llegado. El doctorcillo de Vassili Ostrow se fué inmediatamente, diciendo que nada tenía que hacer desde el momento que se hallaban en la casa tales celebridades de la Facultad. No obstante, a pesar de su celebridad, aquellos señores habían pronunciado nombres que nadie conocía. Kuprian creyó que el doctorzuelo era un cómplice. Lo más apremiante era avisar a los de arriba. El peligro inmediato consistía en que fueran en busca de los *médicos* para conducirlos al lado del General, o que el General mismo bajara para reunirse con ellos. Evidentemente, ellos no esperaban otra cosa. Querían morir *en sus brazos, estar seguros de que por aquella vez no se les escaparía.* Kuprian ordenó a Ermolai que subiera a la galería, se dirigiese a ellos muy tranquilo desde el umbral del salón para decirles naturalmente, muy naturalmente, si ya podía acompañarlos al cuarto de la barinia. Una vez arriba, advertiría a los otros *que no debían hacer nada*

hasta que llegase Kuprian; luego Ermolai volvería a bajar, y diría a aquellos señores: "Tened la bondad de esperar un segundo."

Ermolai retrocedió hasta la portería, y volvió tranquilamente, normalmente, haciendo crujir la arena del sendero bajo sus pasos pesados, tranquilos y normales, hasta llegar a la galería. Era un hombre inteligente. Había comprendido, y tenía sangre fría extraordinaria de importante intendente de campo. Suavemente, naturalmente, subió la escalera de la galería, pasó por delante del salón, pronunció las palabras de la consigna, y subió al piso primero. Kuprian y Rouletabille miraban a las ventanas de arriba, en las cuales las sombras se inmovilizaron de repente, y cesó todo movimiento: ya no se oían pasos en el entarimado, ni absolutamente nada. Aquel súbito silencio hizo que los dos *médicos* levantaran la cabeza hacia el techo. Luego cruzaron una mirada. *Aquel cambio en la apariencia de las cosas allá arriba era peligroso.* Kuprian murmuró:

—¡Torpes!

Acababan de saber que estaban sobre una mina pronta a estallar, y, evidentemente, eso les había paralizado las piernas. Por fortuna, Ermolai reapareció casi inmediatamente, y dijo a los *médicos* con placentera sonrisa de sirviente bien educado:

—Señores, tened la bondad de esperar un segundo.

Lo dijo tranquila y naturalmente, y volvió a su portería para ir de nuevo a reunirse con Kuprian y Rouletabille, atravesando por el musgo. Rouletabille, muy frío, muy dueño de sí mismo, tan tranquilo como Kuprian inquieto y nervioso, decía al jefe de policía:

—Es preciso obrar, y rápidamente. A mi juicio empiezan a sospechar algo. ¿Tenéis algún plan?

—He aquí lo que acaba de ocurrírseme—dijo Kuprian.—

Que el General baje la escalera de servicio, y que salga de la casa por la ventana del saloncillo de Natacha, con ayuda de una sábana. Entretanto, Matrena Petrovna bajará a hablarles, lo cual les hará tener paciencia hasta que el General esté fuera de peligro. Inmediatamente Matrena se retirará al jardín, donde llamaré a mis hombres para que los fusilen a distancia.

—Y volará la casa, y con ella los amigos del General.

—Que procuren bajar también por la escalera de servicio, y que salten rápidamente detrás del General. Hay que intentar algo. ¡Y pensar que los tengo al alcance de mi revólver!

—Vuestro plan sólo es aceptable—respondió Rouletabille—en el caso de que esté cerrada la puerta del saloncillo de Natacha que da al salón grande.

—Lo está. Desde aquí lo veo.

—Y de que también esté cerrado el pasillo que da a la escalera de servicio, que no podéis ver.

—La puerta del pasillo está abierta—dijo Ermolai.

Kuprian empezó a jurar; pero se dominó en el acto.

—La Generala cerrará la puerta a tiempo que les habla.

—Es inaceptable—dijo el repórter.—Su atención estará más que nunca sobre aviso. ¡Dejadme hacer! ¡Tengo mi plan!

—¿Cuál?

—Tengo tiempo para ejecutarlo, pero no para explicaroslo. *¡Ya han esperado demasiado!* Pero es preciso que yo suba. Que me acompañe Ermolai como a un amigo de la casa.

—Yo subiré con vos.

—Si os reconocen, se alarmarán justamente, supuesto que sois el prefecto de policía.

—No; desde el momento que me vean—y saben que

debo de andar por aquí,—desde el momento que me muestre a ellos, deducirán que no sé nada.

—Creo que os engañáis.

—Es mi deber. Tengo que estar al lado del General para defenderle hasta el último minuto.

Rouletabille se encogió de hombros ante aquel peligroso heroísmo; pero no se entretuvo en discutir. Era preciso que su plan saliera bien inmediatamente, o en cinco minutos lo más tarde no habría más que ruinas, muertos y moribundos en la quinta de las Islas.

Rouletabille estaba asombrosamente tranquilo. En principio, había aceptado que iba a morir. La única probabilidad que les quedaba se fundaba exclusivamente en su sangre fría y en la paciencia de las bombas vivientes. ¿Esperarían aún tres minutos?

Ermolai precedía a Kuprian y a Rouletabille. En el momento en que el grupo llegaba a la escalera de la galería, el intendente dijo en voz alta, repitiendo su lección:

—¡Oh! ¡El General os espera, Excelencia! Me ha dicho que subierais en seguida. Está completamente bueno, y la barinia también.

Cuando estuvieron en la galería, añadió:

—Además, ella recibirá inmediatamente a estos señores, los cuales podrán comprobar que ya no hay ningún peligro.

Y los tres pasaron. Kuprian y Rouletabille saludaron ligeramente a los dos jóvenes que se hallaban en el fondo del salón. El momento era decisivo. Al reconocer a Kuprian, los nihilistas, como había dicho el repórter, quizás se creyesen descubiertos y precipitaran la catástrofe. Ermolai, Kuprian y Rouletabille subieron la escalera del primer piso como autómatas, sin mirar detrás de sí, y esperando de un instante a otro el desenlace. Pero nada ocu-

rió. Por orden de Rouletabille, Ermolai bajó normalmente, naturalmente, tranquilamente. Los otros entraron en el cuarto de la Generala. Todo el mundo estaba allí. Era una asamblea de espectros.

He aquí lo que había pasado *arriba*. Si los *médicos* estaban abajo todavía, si no los habían recibido en el acto; en resumen, si la catástrofe se había demorado hasta aquel momento, era a causa de Matrena Petrovna, a su amor siempre vigilante, a su fino olfato de perra de presa. Aquellos médicos, cuyo nombre no conocía y que llegaban tan tarde, y además, la precipitada ausencia del bullicioso doctor de Vassilli Ostrow, no le auguraban cosa buena. Antes de dejarles subir al lado del General, había resuelto ir ella misma a *olfatearlos* un poco. Al efecto se levantó; y véase cómo sus presentimientos no la habían engañado. Cuando vió entrar al enviado de Kuprian, a Ermolai lúgubre y misterioso, todo lo comprendió de pronto: había bombas en la casa. Cuando Ermolai habló, todo el mundo quedó petrificado. Al principio Matrena Petrovna mostró una espantosa cara de loca, vestida con la gran bata raameada perteneciente a Feodoro, en la cual se había envuelto apresuradamente. Salió Ermolai, y el General, que sabía que su mujer sólo temía por él, quiso tranquilizarla, y en medio del espantoso silencio de todos, pronunció algunas palabras recordando la vanidad de todas las tentativas anteriores. Pero la dama movió la cabeza; y se estremecía, temblaba de miedo por él, mirándole angustiosamente, muriendo de pena por no poder hacer nada *encima de aquellas bombas vivientes* cuyo estallido esperaba. En cuanto a los amigos, ya creían tener las piernas destrozadas, y en verdad que no podían servirse de ellas. Durante un momento fueron incapaces de moverse. El jovial consejero del Imperio, Iván Petrovitch, no tenía gana de bromas, y la abo-

minable perspectiva de la "horrible confusión" que iba a producirse de un momento a otro le tenía menos alegre que en los buenos días de casa de Cubat. El pobre Tadeo Tchichnikof estaba más blanco que la nieve que cubre los campos de la antigua Lituania durante las grandes cacerías del invierno. He ahí uno que no volvería más a la *tiaga*, y que no haría cañonear casas de farmacéuticos por los complacientes *pristaffs* del *natchai*. El mismo Atanasio Georgevitch no estaba tan brillante como de costumbre, y su buen humor había desaparecido, como si no pudiera digerir su última suculenta cena. Pero esto en verdad era el fatal resultado de la primera inopinada impresión. No pueden decirle a uno de repente que va a morir en el acto en una horrible hecatombe, sin que sienta un poco oprimido el corazón. Las palabras de Ermolai habían, pues, transformado en estatuas a aquellos amables muchachos. Pero poco a poco los corazones amigos volvieron a latir, y todos recordaron la palabra para discutir los medios de salvación, en incoherencia notable, mientras Matrena Petrovna invocaba a la Virgen María, a la vez que ayudaba a Feodoro Feodorovitch a colgarse el sable de ordenanza y ceñirse el cinturón; porque el General quería morir vestido de uniforme.

Atanasio Georgevitch, con los ojos fuera de las órbitas y el espinazo encorvado, como si temiera que los nihilistas, que precisamente se hallaban debajo de él, percibieran su elevada estatura a través del suelo de la habitación, proponía que todos se arrojaran por la ventana, resuelto a romperse todos los miembros. El triste consejero del Imperio declaró que aquel proyecto era absolutamente estúpido, porque al caer se pondrían a merced de los nihilistas, los cuales, atraídos por el ruido de la caída, los aniquilarían con un solo gesto desde la ventana. Tadeo Tchichni-

kof, que no encontraba cosa alguna de provecho, acusaba a Kuprian y a los otros policías de no haber inventado algo útil. ¿Cómo no se habían apoderado ya de los nihilistas? Después del estúpido silencio en que habían caído un momento antes, todos hablaban a la vez en voz baja, ronca, rápida y entrecortada, anhelantes, haciendo desordenados movimientos con cabeza y brazos, y dando vueltas a la habitación sin causa ni motivo, pero con muchas precauciones, andando de puntillas, yendo a las ventanas, volviendo, escuchando a las puertas, mirando por las cerraduras, cruzando palabras absurdas llenas de ridículas fantasías. “¡Si hiciéramos esto! ¡Si hiciéramos aquello...!” Y todos hablaban haciendo a los demás signos de que callasen. “¡Más bajo! ¡Si nos oyen, somos perdidos!” ¡Y Kuprian, sin llegar! ¡Y aquella policía, que había llevado ella misma a los asesinos, y que a la sazón era incapaz de hacerlos salir sin que todos volasen por los aires! ¡Ah! ¡Sin duda estaban absolutamente perdidos! No les quedaba más que hacer una plegaria. Volviéronse hacia el General y Matrena, y los hallaron estrechamente abrazados. Feodoro había cogido con ambas manos la noble y desgredada cabeza de la buena Matrena, y la oprimía dulcemente contra su pecho, al mismo tiempo que la besaba, diciéndole: “¡Cálmate sobre mi corazón, Matrena Petrovna! ¡Sólo ocurrirá lo que Dios quiera!”

Entonces los otros tuvieron vergüenza del desconcierto en que se hallaban: la armonía de aquella pareja que se abrazaba en presencia de la muerte, les devolvió el valor. Atanasio Georgevitch, Iván Petrovitch y Tadeo Tchichnikof repitieron detrás de Matrena Petrovna: “¡Lo que Dios quiera!”; y aun añadieron: “¡Nichevó! ¡Nichevó! (¡Eso no es nada!) ¡Todos moriremos contigo, Feodoro Feodorovitch!” Y todos se besaron en la boca, y se estre-

charon unos a otros contra su pecho, con los ojos húmedos, como al final de un gran banquete donde hubieran bebido y comido bien todos juntos, haciéndose los honores de la mesa.

—¡Oid! ¡Un reloj!—susurró Matrena afinando el oído; y se soltó de los brazos de su marido.

Todos corrieron anhelosos a la puerta que daba a la escalera principal; pero con increíble ligereza de pies, como si fueran pisando huevos. Inclínados todos cuatro, no respiraban. Se oían dós pasos que subían. ¿Eran Kuprian y Rouletabille? ¿Eran los otros? Todos tenían el revólver en la mano, y retrocedieron un poco cuando el ruido de los pasos se oyó muy cerca de la puerta. Detrás de ellos Trebassof estaba tranquilamente sentado en su sillón. Empujaron la puerta, y Kuprian y Rouletabille se mostraron ante aquellos rostros de muerto inmóviles y mudos. Nadie se atrevió a hablar ni a hacer el más leve movimiento mientras no volvió a cerrarse la puerta; pero una vez que se hubo cerrado,

—¡Ah!—exclamó Matrena.—¡Salvadnos! ¿Dónde están? ¡Ah, mi querido *domovoi-doukh*, salvad al General por el amor de la Virgen María!

—¡Chist! ¡Silencio!

Rouletabille dijo, muy pálido, pero muy tranquilo:

—Es muy sencillo. Están entre las dos escaleras, vigilando una y otra. Voy a buscarlos, y mientras subo con ellos por una escalera, vosotros bajáis por la otra.

¡Caracho! ¡Una cosa tan fácil! ¿Cómo no habían pensado antes en ella? ¿Por qué? Porque todos habían perdido la cabeza, menos el querido *domovoi-doukh*.

Pero he aquí que sobrevenía una dificultad con que Rouletabille no había contado. El General se levantó y dijo:

—Olvidáis una cosa, mi joven amigo: que el general Trebassof no baja por la escalera de servicio.

Sus amigos le miraron estupefactos, preguntándose si se habría vuelto loco.

—¿Qué dices, Feodoro?—imploró Matrena.

—Digo—continuó el General—que ya ha durado bastante esta *comedia*, y que supuesto que Kuprian no ha podido detener a esa gente, ya que *ellos por su parte no se deciden a ejecutar su tarea*, yo mismo iré a ponerlos a la puerta de mi casa.

Intentó dar algunos pasos; pero no tenía su bastón, y se tambaleó al primer intento. Matrena Petrovna se precipitó a él, y le levantó en brazos como si no pesara más que una pluma.

—¡Nada de escalera de servicio!—rugía el testarudo General.

—¡Bajarás—le replicó Matrena—por donde yo te bajé! Y se dirigió con su carga al fondo de la habitación, a la vez que empujaba a Rouletabille, diciéndole:

—¡Ve, pequeño *domovoi*, y que Dios te proteja!

Rouletabille desapareció en el acto por la puerta de la escalera principal, y todo el grupo ordenado por Kuprian atravesó el cuarto tocador y la habitación del General, yendo Matrena a la cabeza con su preciosa carga. Ya tenía Iván Petrovitch la mano en el famoso cerrojo que cerraba la puerta de la escalera de servicio, cuando todos retrocedieron al oír un brinco detrás de ellos. Era Rouletabille, que volvía exclamando:

—¡No están en el salón!

—¿No están en el salón? ¿Pues dónde?

Rouletabille señaló la puerta que iban a abrir.

—¡Quizás detrás de esa puerta! ¡Tened cuidado!

—Pero Ermolai debe de saber dónde están—dijo

Kuprian.—Tal vez se hayan ido, creyéndose descubiertos.

—Han asesinado a Ermolai.

—¡Asesinado a Ermolai!

—Yo he visto su cuerpo tendido en medio del salón, inclinándome sobre la barandilla de la escalera; pero no están en el salón. He temido que os tropezarais con ellos, porque pueden haberse refugiado en la escalera de servicio.

—¡Abrid, pues, la ventana, Kuprian, y llamad a vuestros hombres que vengan a libertarnos!

—Yo bien quisiera—respondió friamente Kuprian;—pero eso sería la señal de nuestra muerte.

—¡Ah! ¿Qué esperan para hacernos morir?—gruñó Feodoro Feodorovitch.—¡Me parece que son bastante pesados! ¿Qué tienes, Iván Petrovitch?

La figura de espectro de Iván Petrovitch, inclinado hacia la puerta de la escalera interior, parecía oír cosas que los otros no percibían, pero que los espantaron bastante para hacerlos huir desordenadamente al cuarto del General. Iván Petrovitch los empujaba con los ojos fuera de las órbitas, y chillando:

—¡Ahí están! ¡Ahí están!

Atanasio Georgevitch abrió una ventana como loco, y dijo:

—¡Yo me tiro!

Pero Tadeo Tchichnikof le detuvo con una palabra:

—¡Yo no me separo de Feodoro Feodorovitch!

Atanasio e Iván se sintieron avergonzados, y temblando, pero valerosamente, se agruparon en torno del General, diciendo: “¡Moriremos juntos! ¡Hemos vivido con Feodoro Feodorovitch, y moriremos con él!”

—Pero ¿a qué esperan?—gritaba el General.

Matrena Petrovna castañeteaba los dientes.

—Esperan a que bajemos—dijo Kuprian.

—¡Pues bien; bajemos! ¡Hay que concluir!—ordenó Feodoro.

—¡Sí, sí!—dijeron los demás.—¡Ya ha durado esto bastante! ¡Que Dios, la Virgen y San Pedro y San Pablo nos protejan! ¡Bajemos!

Todo el grupo llegó así al descansillo de la escalera principal, con apariencia de ebrios, moviendo los brazos como fantasmas y hablando todos a la vez, diciendo cosas que ninguno de ellos comprendía. Rouletabille, que los había precedido como explorador, bajó rápidamente la escalera, tuvo tiempo de echar una ojeada al comedor, saltó por encima del cadáver de Ermolai, penetró en el saloncillo y en el cuarto de Natacha, vió todas las piezas desiertas, y volvía a escape por la galería cuando los otros empezaban a bajar los peldaños rodeando a Feodoro Feodorovitch. El repórter, cuyos ojos registraban todos los rincones oscuros, no había encontrado nada que le pareciera sospechoso, cuando en la galería apartó un sillón: entonces se destacó una sombra que inmediatamente se deslizó debajo de la escalera, y Rouletabille gritó al grupo que descendía:

—¡Están debajo de la escalera!

He aquí lo que sucedió entonces *encima* de la escalera: Rouletabille contempló un cuadro que no había de olvidar en toda su vida.

Al oír el grito que acababa de lanzar, todos se detuvieron, después de hacer un movimiento instintivo de retroceso; Feodoro Feodorovitch, que seguía en brazos de Matrena Petrovna, gritó:

—¡Viva el Czar!

Y los que el repórter esperaba ver huir despavoridos a uno y otro lado, o lanzarse como locos de lo alto de la es-

calera, o subir al descansillo abandonando a Feodoro y a Matrena, se apretaron, por el contrario, con un movimiento unánime alrededor del General, como un pelotón de guardia en la batalla en torno de la bandera. Kuprian iba delante, y todos juntos empezaron a bajar *lentamente* los terribles escalones, encima de la muerte, entonando el *Bodje Tsara Krani!* De repente, con formidable estrépito que desgarró la Tierra y los cielos y los oídos del repórter, la casa toda entera pareció proyectarse en el aire: la escalera saltó en medio del humo y de las llamas, y el grupo que cantaba el *Bodje Tsara Krani* desapareció en una horrible apoteosis.